

Juan, el camino de la fe

La cruz que reorienta el curso (12.32)

Nota del autor: La semana del 16 de abril de 1995, fue una de esos tiempos cuando el mundo pareciera estar llegando a su fin. El lunes por la mañana, a uno de mis mejores amigos se le practicaban algunos exámenes de laboratorio en el hospital local, debido a un problema del corazón que se le había detectado la semana anterior. Él no tenía temor por los exámenes y estaba optimista acerca de los resultados. No obstante, al comienzo de la tarde, el doctor le había dicho que su situación era crítica. Una ambulancia lo llevó ochenta kilómetros hasta un gran hospital de nuestra ciudad capital, ¡con el fin de que pudiera tener cirugía de desviación coronaria al día siguiente! El lunes por la tarde, uno de los ancianos de nuestra iglesia estaba lanzando pelota durante un juego de béisbol cuando una pelota bateada con fuerza se le estrelló en el ojo, enviándolo al hospital y causándole daño permanente a la visión. Esa misma noche, aunque yo no la conocía a esas alturas, una chica cristiana de la universidad local, había sido raptada cuando se encontraba en el estacionamiento de una tienda. Los amigos de la chica, los oficiales de la universidad y la policía local estuvieron buscándola desesperadamente. El martes por la tarde, se dio el conmoviente informe, en el sentido de que el cuerpo de ella había sido hallado en la cajuela de su automóvil, el cual había sido abandonado sobre un camino rural. Tales crímenes pueden ser comunes en grandes ciudades, pero rara vez se nos ocurre que tales atrocidades puedan suceder en nuestra ciudad. Un tributo en memoria de la chica asesinada fue llevado a cabo en el servicio de capilla de la universidad al día siguiente. Los estudiantes, aunque normalmente locuaces, esta vez llenaron el auditorio en medio de un gran silencio y treinta minutos después salieron con sus corazones destrozados y sus rostros bañados de lágrimas.

Me dirigí del servicio de capilla nuevamente a mi oficina y apenas me había sentado a mi escritorio, cuando alguien se presentó corriendo para decirme que un edificio federal de Oklahoma City, Oklahoma, ¡había sido bombardeado y que se temía la muerte de más de doscientas personas! ¿Qué más podría ir mal en un período de tres días? ¿Qué sería lo siguiente que ocurriría?

Cuando batallábamos por hallarle el sentido a todas estas tragedias, mis pensamientos se comenzaron a centrar en el siguiente domingo que se acercaba. ¿Qué podía decirse después de una semana como ésta? Sólo el volumen en sí de noticias trágicas que habíamos oído durante los siete días transcurridos desde la última vez que nos habíamos reunido, había sido desorientador. En tales momentos, ¿qué necesitaba oír la iglesia? Yo ya había avanzado veintiséis semanas en la serie de estudios sobre el evangelio de Juan. ¿Debía yo continuar con el estudio de Juan o tomarme el tiempo para abordar los serios eventos de la semana? Después de orar tomé la decisión de guiar a la iglesia ese domingo en un “retorno” a la cruz de Cristo.

Cuando nos reunimos los domingos, estamos llenos de sentimientos y pensamientos. Algunas veces venimos pensando en que deberíamos venir. Otras veces lo hacemos con el deseo de estar juntos. Este domingo, especialmente a causa de los eventos de la semana, lo hacemos porque necesitamos estar aquí. Necesitamos el consuelo y el aliento que nos podemos dar unos a otros, y necesitamos que se nos recuerde de aquello que en este mundo tiene permanencia. Hoy día, más que en la mayoría de

los domingos, *necesitamos* la cena del Señor.

Necesitamos la cena porque hay algo reorientador acerca de la cruz que la cena nos llama a recordar. Esta semana que pasó, nos ha dejado tambaleantes, como niños que han estado dando vueltas rápidamente. Como niños mareados, echamos la mirada a nuestro alrededor y vemos que el mundo se nos va volando, y comenzamos a perder el equilibrio. En momentos como éste extendemos la mano como deseando aferrarnos a algo —algo que sea sólido e inmovible. Nos abrazamos a ello y nos aferramos apretadamente hasta que nuestras cabezas dejan de girar y podemos una vez más estar firmes sobre nuestros dos pies. Hoy, después de todo lo que ha sucedido durante los últimos siete días, nos hallamos aferrándonos a la cruz.

Cuando estoy enfermo me desoriento y pierdo la noción del tiempo. Recuerdo que en ocasiones he tenido que quedarme en casa por varios días para recuperarme de alguna enfermedad. Normalmente, cuando me comienzo a sentir bien, digo: “No sé qué día es hoy. Creo que va a ser necesario un domingo para volverme al horario normal”. Así es como el día de hoy funciona al reunirnos después de una semana llena de confusión.

Alexander Solzhenitsyn es un escritor ruso que pasó ocho años en un campamento de trabajo estalinista. Hubo por lo menos un día, durante aquellos difíciles años, que su esperanza se desvaneció y estuvo a punto de renunciar a la vida. Estaba enfermo, cansado y desanimado. Cuando servía en un pequeño destacamento de paleros, Solzhenitsyn dejó de trabajar, se dirigió a una banca de madera, se sentó, y esperó que un guarda viniera a ver lo que él había hecho. Él sabía lo que sucedería, pues lo había visto muchas veces anteriormente. El guarda tomaría la pala del hombre y lo golpearía con ella hasta matarlo. No obstante, ese día, alguien que no era guarda, vio a Solzhenitsyn sentado allí. Era un hombre de hombros caídos, sin expresión en su rostro, el cual se acercó y se sentó junto a él. Con una vara en su mano, trazó una cruz en la arena a los pies de Solzhenitsyn. La desesperanza de éste desapareció, la verdad llenó apresuradamente su alma, el coraje regresó y una razón para seguir viviendo reavivó su corazón. Se puso de pie, tomó su pala y volvió al trabajo. Años más tarde, sus escritos inspirarían a millones de personas. Una simple cruz, trazada sobre la arena, reanimó a Solzhenitsyn, salvando así su vida. Es este mismo poder reorientador de la cruz el que estamos buscando hoy.

Por todo el Nuevo Testamento, las Escrituras

nos están llamando a volver a la cruz. Sea que la iglesia estuviera enfrentando una nueva empresa, un tema confuso, o una terrible crisis, los escritores inspirados dirían: “¡Mira a la cruz!”. El ver cómo lo hicieron ellos ante situaciones ocurridas hace miles de años, nos recuerda que la misma cruz nos ayuda a enfrentar cualquier situación hoy día.

LA RESPUESTA A LA DIVISIÓN

Un ejemplo de la manera como la cruz guía a la iglesia en medio de aguas tempestuosas, se ve en la primera carta de Pablo a los corintios. Como resultado de haber estado con esa iglesia al comienzo de ella, Pablo le había tomado un especial cariño a ellos. Al mismo tiempo, no obstante, él estaba profundamente preocupado por las muchas discusiones y temas que estaban dividiendo a la iglesia. En la introducción de su carta él les hizo un llamado a la unidad:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas (1 Corintios 1.10–11).

¿Cuál es la solución a tal problema? ¡Pablo dijo que ella era la cruz!

... nosotros predicamos a Cristo crucificado,...
(1 Corintios 1.23).

Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado
(1 Corintios 2.2).

“Miren a la cruz”, les dijo Pablo, “y hallarán la manera de superar la división”.

LA RESPUESTA AL DOLOR

Un segundo ejemplo de la manera como la cruz guía a la iglesia a través de tiempos difíciles es el que aparece en 1 Pedro. Fue escrito en un contexto de persecución, cuando los cristianos estaban sufriendo por su fe. ¿Adónde pueden los cristianos ir para hallar consuelo y poder poner las cosas en perspectiva durante los momentos de angustia? ¡Pedro dijo que hay que ir a la cruz!

Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; *el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca*; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la

causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados (1 Pedro 2.21-24; énfasis nuestro).

“Miren a la cruz”, decía Pedro, “y hallarán la manera de soportar el sufrimiento”.

LA RESPUESTA AL ERROR

Un tercer ejemplo de la manera como la cruz guía a los cristianos a superar situaciones angustiantes y confusas, es la que se encuentra en Gálatas. Tal vez sea el escrito más antiguo de todo el Nuevo Testamento, fue escrito con el fin de atacar el legalismo que amenazaba a las nuevas iglesias que Pablo había ayudado a establecer durante su primer viaje misionero. Los falsos maestros habían seguido a Pablo durante sus viajes y estaban enseñando que era necesaria la obediencia a la ley de Moisés para que los cristianos pudieran ser salvos. Para Pablo, esto era una mentira que amenazaba la existencia misma de la iglesia. ¿A dónde pueden ir los cristianos para obtener ayuda para tratar con los falsos maestros y sus falsas enseñanzas? ¡Pablo dijo que ellos debían ir a la cruz!

Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciera estas cosas vivirá por ellas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) (Gálatas 3.11-13).

“Miren a la cruz”, le decía Pablo a los Gálatas, “y hallarán la manera de evaluar ideas polémicas y confusas”.

CONCLUSIÓN

A estas alturas, nuestro estudio de Juan coincide con el tema de este día. Esto fue lo que Jesús declaró: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (12.32). La cruz nos ejerce atracción en nuestros corazones y nos lleva a nuestro maravilloso Salvador, el cual murió allí por nosotros.

Bill Bridgewater, un escritor, dijo cómo, durante su niñez, un matón solía atormentarlo, y un día le quitó un anillo especial que le habían dado para su cumpleaños. Todos los días Bill le pedía que le devolviera su anillo, y todos los días el matón le decía que se le devolvería si Bill lo dejaba golpearle en el hombro con todas sus fuerzas. Temiendo el dolor, Bill siempre se marchaba sin el anillo, sintiéndose humillado. Luego, un día, un íntimo amigo de Bill, Larry Davis, le dijo al chico que él recibiría el golpe. El matón golpeó a Larry y luego le dio el anillo a Bill.

En una reflexión sobre aquel recuerdo de la niñez, Bridgewater escribió lo siguiente: “Hasta la fecha no tengo idea de lo que le sucedió después a ese anillo, pero todavía recuerdo y jamás olvidaré lo que Larry hizo por mí, cuando él recibió aquel golpe en lugar mío”.

Hoy día la cruz de Cristo nos ayuda a reorientarnos después de una semana que lo deja a uno tambaleante. Nos muestra cómo hacerle frente a los nuevos y angustiantes problemas. Nos remolca del corazón y nos lleva de nuevo a Dios. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados